

## XXIV DOMINGO ORDINARIO C/2007

Como padres, abuelos o educadores, usted ha sido confrontado con la realidad de los errores de los niños donde usted ha sido empujado a tratar de entender y perdonar. Cometer errores es parte de la vida y crecimiento humano. El problema se hace difícil solamente cuando los hijos no se arrepienten del mal cometido y continúan asiendo los mismos errores. Sin embargo, a pesar del sufrimiento por tal situación, los padres todavía tienen esperanza que sus hijos puedan cambiar y ser mejores. Esta es una situación similar que se describe en las lecturas de hoy.

La primera lectura describe el primer pecado grande de Israel directamente después de su salida de Egipto. A pesar de las bendiciones recibidas de Dios, Israel cayó en la idolatría, haciendo a un ternero y adorándolo como Dios. ¿Cómo paso esto, entonces, qué un pueblo tan bien instruido sobre Dios, quiénes habían experimentado sus grandes obras y su poder, se olvidándose de él fácilmente?

Tal comportamiento puede ser explicado solamente si nosotros entendemos que Israel quiera ser como cualquier otra nación y actuar como ellas. De hecho, la mayoría de nosotros nos metemos en problemas cuando dejamos de ser quién somos y lo que somos. Cuando comenzamos a comparar nuestra vida con las de los otros, cuando olvidamos de donde venimos, y donde nos encontramos en la vida, el resultado es que hacemos aun lado los principios en los cuales nuestra vida esta fundada. En aquel momento particular, cuando comenzamos a imitar a los demás, la puerta para pecar está extensamente abierta.

Sin embargo, a pesar de la desilusión de Dios, El perdonó a su pueblo cuando Moisés suplicó por ellos. Este episodio nos enseña que aunque los pecados ofenden a Dios, ellos no pueden destruir su amor por nosotros. Su amor es tan grande que cuando nos arrepentimos y cambiamos, él nos perdona, a pesar de lo que hayamos hecho. He aquí la única razón de nuestra salvación, y la fundación de nuestra esperanza para la vida eterna, a saber que el amor infinito de Dios nunca se acabara, que su amor nunca será vencido por ninguna infidelidad de la gente, no importa que grande sea.

De hecho, no hay ningún mérito que podemos elogiar ante Dios; hay sólo la piedad que podemos recibir cuando regresamos a él con todo nuestro corazón. San Pablo ha experimentado aquella piedad de Dios, como lo escuchamos en la segunda lectura. Cristo le ha perdonado y le ha confiado el trabajo de su Iglesia. Para nosotros, a veces perdonamos alguien que ha cometido errores o es culpable, pero dejamos claro que no podemos confiar en él más. Esto es lo contrario de Cristo; él confió en Pablo y lo hizo su ministro. Por eso Pablo estaba tan agradecido con Jesús por lo que él había hecho por él. Cristo confía en nosotros a pesar de nuestros pecados; él quiere que nosotros seamos suyos.

Aquel amor de Dios y su piedad hacia los pecadores son el contenido principal del mensaje de Jesús en el Evangelio de hoy. En tres parábolas, Jesús declara que Dios, su Padre, siente cariño por los pecadores. Sin tener en cuenta los pecados que ellos han cometido, cuando ellos vuelven y se convierten, él no vacila en concederles su perdón.

En primer lugar, Jesús es criticado por su franqueza hacia los pecadores y su bienvenida a ellos. Aquellos que se quejan de su actitud piensan que una diferencia clara debería ser puesta entre el bueno y el malo y, por esto, los pecadores deberían ser evitados a cualquier costo. Lo que está en juego en esta queja es la imagen de Dios. A diferencia de los Fariseos y los Escribanos, Jesús nos revela a Dios que ama a todos incondicionalmente e indiscriminadamente, tanto a justos

como a los pecadores. Así el hace brillar el sol par los buenos y los malos. ¿Si Dios el creador ama a todos del mismo modo, por qué nosotros no hacemos lo mismo?

Por eso en estas parábolas Jesús les muestra a los Fariseos y los Escribas que están equivocados cuando hacen diferencia entre las personas. No es lo que su Padre es; él es compasivo, misericordioso e indulgente. Como un pastor que ha perdido una oveja, va en busca de ella y se alegra cuando él la encuentra, tal hace Dios cuando un pecador se arrepiente y regresa a el.

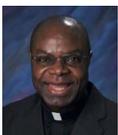
Como una mujer que ha perdido una moneda, enciende una lámpara para buscarla, y se alegra con los vecinos, porque ella la ha encontrado, así se alegra Dios con nosotros cuando abandonamos nuestro pasado y queremos escribir una nueva página de nuestra vida con Jesús. Cada conversión en la tierra trae una alegría enorme en el cielo. Cuando, debido a Dios, renunciamos nuestros comportamientos malos, Dios, que nos mira del cielo, es feliz que, sus hijos e hijas, somos capaces de actuar así para la gloria de su nombre y nuestra salvación eterna.

Ante tal alegría del cielo y la verdad de que nuestro Padre en el cielo perdona a la persona arrepentida, la actitud del hijo mayor del Evangelio se hace injustificable. ¿Por qué no se alegra él cuando su hermano que estaba perdido ha regresado? ¿Por qué no entra él en la casa para divertirse porque su hermano que estaba muerto ha vuelto ahora a la vida? Algunos de nosotros actuamos como el hijo mayor, consumidos en celos por el lugar que los pecadores arrepentidos y ahora convertidos toman en la comunidad. Y aún de hecho los que nunca abandonamos nuestra fe deberíamos de gozarnos que los otros han regresado para conocer a Jesús y darle sus vidas.

No deberíamos olvidar, sin embargo, que la conversión requiere de valor para romper con nuestro pasado mortal. El hijo más joven fue salvado, porque él se atrevió a regresar en casa y salir de la situación mala en la cual se encontraba. Confiando en la compasión y piedad de su padre, él experimentó su generosidad. Sin nuestros esfuerzos para deshacernos de nuestros pecados, y sin confiar en la piedad de Dios, no podemos experimentar la paz en nuestra vida que viene de un corazón perdonado.

Quero concluir esta homilía señalándoles que escuchando las lecturas de hoy, sentimos que nos llaman a la conversión de nuestros pecados. Pero sentimos también que tenemos aquí un mensaje de esperanza, consuelo y paz. Independientemente de lo que podría ser nuestra situación, no es nunca demasiado tarde; una segunda oportunidad esta siempre al alcance. La esperanza es cristiana; la desesperación es anticristiana. La pregunta, sin embargo, es esta: ¿Qué tan listos estamos par esperar y cambiar? ¿Qué tan listos estamos para tomar la oportunidad que Dios nos da para regresar a el? Permita me sugerirles. No dejen que la gracia de Dios se les valla de las manos. Abramos nuestro corazón a la gracia y el perdón y reconciliémonos con Dios y con nuestros hermanos. Que Dios los bendiga a todos.

Éxodo 32, 7-11. 13-14; 1<sup>o</sup> Timoteo 1, 12-17; Lucas 15, 1-32



Fecha de Sermón: Septiembre 16, 2007

© 2007 – Padre Felicien Ilunga Mbala

Contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

Nombre de Archivo: 20070916homilia.pdf